

FAUSTINA la menor excedió á su madre, la otra Faustina, en las dotes de la belleza y en el escándalo de los extravíos: la mujer, de quien se dice que sobresalió por sus gracias entre todas las mujeres de su tiempo, mostrándose por su conducta indigna de un padre como Antonino Pío, y de un marido como Marco Aurelio, mostróse dignísima de un hijo como el imbécil feroz Cómodo. El busto del Capitolio es uno de los más estimables de la coleccion; el artista se inspiró en la mujer mejor que en la esposa.

GALERIO ANTONINO, hijo de Marco Aurelio y de Faustina (otros lo creen Annio Vero), aparece á continuacion en un raro y precioso busto de mármol pario, encontrado con los de la misma familia en 1701 sobre la via Appia, cerca de Ciudad Lavinia.

LUCIO VERO, hermano por adopcion de Marco Aurelio, tiene los caractéres del valor inmodesto sin tocar en la fatuidad: Sus largas campañas en Oriente le habian hecho adoptar hábitos, que tal vez le valieron la nota de extravagante: su barba *barbarice demissa* y su frente espaciosa y su espíritu un poco aventurero, dan cierto aire de agradable originalidad al busto del Capitolio.

Su mujer LUCILA viene á renovar el tipo de las Faustinas y las Agrippinas. Como ellas, pasa á la posteridad en un egregio monumento de arte: de mármol blanco el rostro, de mármol negro los cabellos: de alabastro florido los paños: tal es el admirable y singular busto que nos perpetúa la belleza corporal (ya que otra belleza fuera difícil) de la hermana de Cómodo, mujer de Lucio Vero, relegada primero, y sacrificada al fin por orden de su marido. El arte no se cansa de emplear sus galas y sus perfecciones en tipos moralmente aborrecibles: dura todavía aquel buen gusto, aunque algo refinado, de la escultura; que vimos de súbito reaparecer en tiempo de Adriano: dura, y de ello ofrece espléndida demostracion el busto de Cómodo, el rival de Neron en las degradaciones: éste habia llegado hasta histrion, Cómodo baja hasta gladiador: no pudo enlodarse más la púrpura de los emperadores. El aspecto de Cómodo no es, sin embargo, repugnante: ántes bien en su juventud fué

de cara pulcra y varonil: y á esta época de su vida se refiere el busto que examinamos, estimable no sólo por su mérito, sino por lo raras que fueron y son las efigies de aquel tirano, destruidas todas al punto de su muerte bajo la voz imperiosa del Senado: *parricida statue detrahantur*.

Su mujer CRISPINA, tambien desterrada y muerta como Lucila, era bella de rostro como ésta: que la belleza fué casi siempre el atractivo capital para los emperadores romanos, y ofrece en el raro busto, que de ella se conserva al lado del de su marido y verdugo, la novedad de la cabellera rizada á fuego, *calamistrata coma*, que tanto daba que decir y que discretear á los poetas epigramáticos de aquel tiempo.

El paréntesis del buen gusto artístico puede considerarse ya cerrado, como lo está, desde ántes de Cómodo; la escuela escultural de Adriano tocó á su fin, el de los buenos ó tolerables emperadores: tampoco esperemos ver reanudarse la serie de los Augustos, ni la serie de los Flavios: la era Flavia, Ulpia y Antonina, que cuenta nueve emperadores, ha terminado ya: á aquellas especies de dinastías va á suceder otra, que no tiene más origen que el tumulto militar. Aprestémonos, pues, á ver en buen número emperadores de aventura, emperadores por la rebelion ó el hierro ó por el oro. Hé aquí PERTINAZ: los asesinos de Cómodo le brindan con el trono: y él, de humilde extraccion, viejo, pero ambicioso, acepta para sufrir á los tres meses la misma suerte, y quizá de las mismas manos que su antecesor. Tan breve como es esta historia, es vulgar y compendioso el busto de Pertinaz.

Al desaparecer este desdichado emperador, los pretorianos pusieron á subasta el trono en que se habian sentado Augusto y Trajano y Marco Aurelio: la más alta proposicion en moneda contante la hizo DIDIO JULIANO: dos meses le duró la compra púrpura: los que se la habian vendido y tardaban en recibir el precio, se la quitaron con la vida. Su busto no es propiamente del emperador Didio Juliano, ya que así se llamó sesenta y seis dias: es más bien del Didio Juliano, que en los gobiernos de las provincias y en los cargos de la magistratura es habia enriquecido, hasta el punto de ajustar en 30.000 sester-

cios por soldado (más de mil duros) su elevación al trono: de las estatuas, que durante alguno de sus consulados se le hicieran, debió de tomarse el busto del Capitolio, semejante, casi idéntico, á las medallas acuñadas en la brevísima dominación de aquel mercader de tronos, torpemente reproducido á los diez y siete siglos en las orillas del Bétis, que vió nacer á Trajano.

De Manlia Scatilia, mujer de Didio Juliano, se había creído el busto que le sigue: pero nuevas y más fundadas investigaciones demostraron que pertenece á JULIA MAMMEA: para formar idea de la poco interesante efigie de Manlia Scatilia, es preciso acudir al museo Vaticano, donde no uno sino dos bustos, se conservan de aquella augusta improvisada.

PESCENNIUS NEGRO y CLODIO ALBINO, fueron dos aspirantes á emperadores, que se encontraron en el camino de Septimio Severo, y que no tarde hallaron el mismo término á sus ambiciones, que los Julianos y los Pertinaz. Sus bustos los representan audaces y valerosos, pero sin ninguna de aquellas altas calidades que distinguen á los hombres superiores.

Con SEPTIMIO SEVERO se entroniza una nueva raza: la sangre africana de este emperador se transparenta por el mármol de sus bustos: inteligente y cruel: astuto y atrevido, perseverante en los proyectos: diligentísimo en lo que le importa: liberal para con todos: vehemente en el amor hácia los amigos y en el odio hácia los enemigos: estas prendas del alma exigen para su fiel traducción la tez morena, la cara larga y triste: los ojos grandes, los labios gruesos, y negros y encrespados los cabellos. Así son los bustos de Septimio Severo.

Su segunda mujer JULIA PÍA inaugura también, puede decirse, una serie de emperatrices extranjeras: la gracia sira ha vencido á la belleza romana: el Oriente vuelve á estar de moda. Mirando el busto de Julia Pía se descubre ya un tipo diverso de los que nos ofrecieron las épocas de Trajano y Marco Aurelio. La vivacidad chispeante, que muchos siglos más tarde llamarán los franceses *esprit*, sonríe ya en los ojos y en los labios de la cuasi griega, cuyo busto tenemos delante: sus cabellos no están ya recogidos en extraños promontorios ó en tren-

zas uniformes, sino caídos y ondulando á los dos lados del cuello: lástima grande que en el fondo de tanta hermosura se escondan el corazón de una adúltera y el alma de una suicida.

Dos hijos tuvo Septimio Severo: allí están sus dos imágenes: en ellos se reproduce la horrible escena de los dos primeros hijos del hombre; GETA fué sacrificado por CARACALLA. Bien se descubre en su semblante la crueldad del fratricida. *Nihil inter fratres simile*, dice la historia: nada, en efecto, tienen de común los bustos: el de Septimio Geta dista mucho de representar los instintos que en el otro se descubren, y que han hecho aborrecible su memoria.

MACRINO, prefecto del pretorio, subió al trono, vacante como tantas otras veces, por obra del puñal: hombre nacido y criado en las últimas capas sociales, lleva en la inverecundia de su aspecto la expresión de la bajeza de su alma: *animi atque oris inverecundi*. Todos los vicios imperaron con él: mas su imperio duró sólo catorce meses. Los que le dieron muerte arrastraron en su furor al mismo tiempo al joven DIADUMENIO ó Diadumediano, hijo de Macrino, á quien á la edad de diez años declaró César y emperador. Su busto puede considerarse como uno de los mejores de esta época de decadencia, que vamos recorriendo; de alabastro, que semeja ágata, ofrece una labor muy estimable, que honra al artífice que la produjo, y presenta con gran acierto las agraciadas facciones de aquel niño de mirada lánguida y labios gruesos, que era en el Circo saludado *Egregius forma juvenis*.

La aparición de mujeres siriacas en la casa de los Césares fué como el aviso de que en breve deshonrarían aquel trono del mundo todas las depravaciones del Oriente, encarnadas en la persona de ELIOGÁBALO. No es posible imaginar el lujo de horrible sensualidad y de feroz tiranía, desplegado por el joven sacerdote del sol, en cuyos rasgos sólo se advierte aquel abatimiento próximo á la estupidez ó á la demencia, de quien viola por instinto y por hábito las leyes todas de la naturaleza y de la humanidad. Tres años duró la degradante tiranía de aquel insensato, cuya muerte fué trágica y oprobiosa. Juntamente con él fué sacrificada su madre Julia Soemia, hija de

JULIA MÆSA, hermana de Septimio Severo, cuyo busto aparece no léjos del de su nieto Eliogábalo, que la elevó á la dignidad de senador y á la de cónsul. Julia Mæsa lleva en la mirada profunda y en el aspecto audaz la expresion viva del espíritu intrigante y ambicioso, que distingue á las mujeres imperiales de su raza.

No así ANNIA FAUSTINA, tercera en la serie de las esposas tomadas y repudiadas por Eliogábalo: nieta de Marco Aurelio y celebradísima por su hermosura, la historia la presenta como una víctima de aquel tirano afeminado, que la arrancó de los brazos de su marido Pomponio Basso, para repudiarla á poco y llamar de nuevo á la vestal Aquilia Severa. El busto de Annia Faustina es rarísimo y precioso: de mármol blanco la cabeza, con el pelo en ondas sobre la espalda, y el cuello y pecho de mármol frigio, con vetas muy lindas y de un solo pedazo.

De la impresion que en el ánimo produce, si no la imágen, el recuerdo de Eliogábalo, consuela y alivia el benévolo y noble semblante de Alejandro Severo, el emperador filósofo, dado á los clásicos estudios griegos, cuya lengua hablaba mejor que la latina, el vencedor de Artaxérxes, el admirador de Platon y amigo de Ulpiano, sóbrio, prudente, atento á reparar en lo posible los males que afligian el imperio; no hay duda de que el artista ha sabido reproducir en el mármol la huella apacible de tan altas calidades. Grandemente influyó en la educacion y en el feliz desenvolvimiento del carácter de este emperador su madre Julia Mammea, espíritu varonil, que recuerda los mejores tipos de las matronas romanas. Madre é hijo fueron sacrificados por la soldadesca de Maximino. Cuesta trabajo no creer que sean sus imágenes, unidas en la muerte como en la vida, las del sarcófago ya indicado, que está en una cámara baja de este museo.

¡Horrible y vulgar figura la de aquel cuasi gigante pastor de Tracia, usurpador del imperio! Pasemos por delante de ella rápidamente, como ella pasó por delante del trono. Junto al busto de MAXIMINO hay uno de bastante mérito, que se cree sea el de su hijo MÁXIMO, tambien asesinado en la misma oca-

sion y por los mismos soldados que el formidable tracio, quizá asesino á su vez de Alejandro Severo.

A los emperadores pretendientes de la púrpura sucede un emperador llevado al solio casi á la fuerza por los pretorianos: tal fué GORDIANO, el de África, Gordiano el mayor. Su hijo, del mismo nombre, asociado al imperio, fué muerto en guerra promovida por Capelliano, que mandaba en Mauritania, y el padre, octogenario, buscó desesperadamente en el suicidio la manera de no ser víctima de los mismos que lo habian proclamado emperador. De estos dos bustos, el de GORDIANO, hijo, llama con justicia la atencion: es de limpio y excelente mármol con los paños de alabastro rayado y el pié de mármol rojo, que imita el coral.

A PUPIENO, el desdichado colega de BALBINO, pertenece el busto que sigue: sus facciones revelan valor y sufrimiento, y abonan el sobrenombre de *triste* con que era conocido: triste fué, en verdad, su fin: él y Balbino, emperadores del Senado, como Maximino y Máximo lo fueran de los pretorianos, murieron asesinados en su propia morada, *intra palatium*, segun la frase de Aurelio Victor.

GORDIANO Pío, tercero ya de este nombre, imperó seis años: pertenecia á lo que pudiera llamarse la vieja aristocracia romana: cuál fuera esta, y cuánto valiese, indícanlo claro los débiles rasgos de la fisonomía de Gordiano: no hay más que mirar su busto, para convencerse de que todo está ya en plena decadencia, el arte, la autoridad, la gloria, todo. Gordiano murió asesinado á la edad de veinte años, despues de guerras no infelices en el Oriente. Un general ambicioso tramó y llevó á cabo su muerte poco despues de la de Misiteo, con quien Gordiano debia compartir el triunfo y acaso el imperio. El general, que así escalaba el trono por el camino de la alevosía, era un árabe astuto y cruel llamado Filippo. Algunos historiadores han supuesto que estuviese bautizado: si así fué, brilló poco en sus acciones la fe profesada. Filippo asoció al imperio á un hijo suyo del mismo nombre, y celebró en el año cuarto de su reinado con pompa extraordinaria los juegos seculares en la décima centuria, ó año milésimo de la fundacion de Roma:

dos años despues Filippo el mayor era asesinado junto á Verona por los soldados de Decio: y á poco sufría en Roma la misma suerte FILIPPO EL MENOR. A éste corresponde el busto Capitolino, que sigue al de Gordiano.

En TRAJANO DECIO tuvieron los cristianos el más implacable perseguidor: dos años sufrió Roma su tiranía: la horrible pintura, que de él hace Lactancio, guarda relacion perfecta con el busto. Sus hijos QUINTO ERENIO y OSTILLIANO, que perecieron el primero con el padre, y el segundo poco despues de peste ó de veneno, hubieran sido dignos continuadores, á juzgar por sus efigies, de la obra de destruccion que avanzaba.

De VIBIO TREBONIANO GALO y de su hijo VOLUCIANO, pocas noticias suministran los escritores de la historia augusta: sólo en Aurelio Victor se halla esta indicacion: *Vivius Galus cum Volutiano filio imperarunt annos duos*. Sus bustos, ó los que por suyos se consideran, tienen ya un sello de pobreza artística y de rebajamiento moral, que no parece sino que el polvo, que en su carrera levantan los bárbaros lanzados contra el imperio, obscurece más y más las inteligencias, pone pavor en los corazones é inquietud en los semblantes. GALIENO y Solonina, su mujer, y Solonino, su hijo, representan una familia imperial, verdadera parodia de aquellas otras Flavias y de aquellas otras Augustas: la era de los soldados aventureros y la de los colegas determinan la extrema decadencia: la abyeccion toca ya en los límites de lo inverosímil. Todo lo grande de los pasados tiempos del imperio se reproduce en caricatura: para que nada falte en este inmenso espectáculo de imperial bufonería, se erige á Galieno un arco de triunfo, un arco que ha resistido á su propia ignominia y á la accion de los siglos. Injusticia del azar, dice muy bien un escritor moderno: los arcos de Trajano y de Marco Aurelio, que fueron á remotas tierras en busca de los bárbaros para vencerlos, han perecido: el de Galieno, que dejó entrar en Italia á los bárbaros, subsiste. Algo parecido sucede con los bustos. Miéntras los de otros insignes hombres de la antigüedad son buscados en vano, los de aquella obscura familia han llegado hasta nosotros. Y no sólo faltan de la antigüedad remota, faltan igualmente de la época misma de deca-

dencia en que nos hallamos: no está, por ejemplo, el busto de Valeriano, predecesor de Galieno, que murió trágicamente en esclavitud: tampoco se hallan en la coleccion Capitolina los de los sucesores Claudio el Gótico, famoso por sus victorias, que tuvo estatua de oro en el Capitolio; Aureliano, el que ciñó á Roma con nuevo recinto de murallas, el vencedor de Cenobia y de Tétrico, el destructor de Palmira: Claudio Tácito, guerrero afortunado en el Asia septentrional, y por último, Probo, á quien llamaban el vencedor de todos los bárbaros y de todos los tiranos usurpadores del imperio. El primer busto, que hallamos despues de Galieno, es el de MARCO AURELIO CARINO, hijo de Marco Aurelio Caro, muerto por un rayo en la orilla del Tigris, y hermano de Marco Aurelio Numeriano, asesinado por su suegro Apró, á quien á su vez dió muerte Diocleciano. En esta época fueron tan sólo notables los espectáculos sangrientos del Circo, nuevo progreso, que determina su revuelto reinado.

DIOCLECIANO venció á Carino, le dió muerte y lo reemplazó en el trono: su efigie no presenta los rasgos de ininteligencia, y aún de estupidez, que se descubren en sus predecesores; pero la frialdad, la ironía, el cruel escepticismo, se ven claros en aquel semblante, que recuerda al encarnizado perseguidor de los cristianos, al tenaz reconstructor de un edificio, que se derumbaba sin remedio. Diocleciano y su colega Maximiano, convencidos de impotencia, y saturados de sangre y de horrores, abdicaron la dignidad imperial, para que no faltase el ejemplo de una renuncia, donde tanto abundan los de las conquistas y las sorpresas y las compras.

El extremo del mal y de la angustia quiere á veces la Providencia que sea la víspera del bien y la aurora de la alegría.

Quien vea despues del busto de Diocleciano, que da frio y pena, aquel otro de cabeza venerable, de mirada tranquila y de conjunto bondadoso, adivinará sin dificultad que los destinos de Roma y del imperio, y por tanto, del género humano, sufren un cambio favorable. Así es, en efecto; aquel busto pertenece á CONSTANCIO CHLORO, cuya benignidad y rectitud son como el preludeo venturoso de una nueva era, de un reinado

de paz y de fecundo progreso. Aquél es el marido de una gran Santa y el padre de un gran Emperador: su mujer se llama Elena: su hijo se llamará Constantino. Aquí debiera terminar la serie de bustos del Capitolio. Estamos en la era Constantiniana. De esta suerte la última impresión sería dulce y grata como la alborada de un día sereno. Si queremos visitar monumentos de la familia imperial, que determina el triunfo pacífico del cristianismo y la exaltación de la fe católica sobre el mundo de la gentilidad, vayamos al Vaticano, donde se ostentan, ya lo hemos dicho, los sarcófagos en pórfido de Santa Elena y de su hija Constanza; vayamos, no estamos muy lejos, á Santa María de Araceli, donde hay otro monumento consagrado á aquella Emperatriz bienaventurada; si queremos ver la magnífica estatua antigua de Constantino, encontrada en sus termas, avancemos hasta San Juan de Letran, cuyo pórtico guarda el vencedor de Maxencio, caudillo de la Cruz, benemérito insigne de la civilización.

Hay otros dos bustos en la colección del Capitolio: el de JULIANO EL APÓSTATA y el de MAXENCIO, que otros suponen de su hermano Magno Decencio: en uno y otro, en el último sobre todo, se ve la decadencia del arte; más que la decadencia; se lee algo del magnífico suceso, que ha hundido para siempre al paganismo. Entre esos dos bustos y la estatua de Constantino, no parece que media el espacio de unos pocos años; parece que se ha interpuesto, y así es la verdad, todo un mundo de vaticinios cumplidos y de esperanzas venturosas.

En Constantino acaba la serie de los emperadores propiamente romanos. El hijo de Santa Elena traslada á Bizancio la silla imperial. Roma verá alzarse el palacio de otro soberano, que no despidе los resplandores de la casa de los Césares. El Palatino ha terminado su misión; el Capitolio la terminará muy pronto; sobre otras colinas más modestas viene á aposentarse la religión de Aquél, que murió sobre un montecillo humilde de Jerusalem. En el Celio se levantará la Basílica del Salvador; en la cumbre del Esquilino la de Santa María, en el Vaticano la de San Pedro; fuera de las puertas de Roma, un templo consagrado á San Pablo transmitirá á las generacio-

nes la colección iconográfica de los soberanos de la paz, que reemplazan en Roma á los soberanos de la guerra; de los Papas de las Catacumbas, que suceden á los emperadores de los circos y de las termas. ¡Qué diferencia entre la dinastía de diez y nueve siglos, que nos ofrece la Basílica de San Pablo, y la dinastía de tres siglos, que nos ofrecen los mármoles del Capitolio!

IV.

En frente al palacio del museo, que acabamos de recorrer, hay otro de parecida arquitectura, que se llama el palacio de *los Conservadores* (especie de magistrados, que con el senador ejercen el gobierno municipal de la ciudad), en el cual hay antigüedades y objetos de arte, que merecen especial consideración: como en el palacio de en frente, el vestíbulo y el patio y la escalera están llenos de fragmentos de escultura y de obras bien conservadas: desde luego son notables la estatua de Julio César, de un lado, y del otro la de Augusto: la primera encontrada cerca del Foro, pasa por ser el mejor retrato, quizá el único, que de César se conoce; la segunda debió de ser erigida después de la batalla de Actio, á juzgar por el rostro de nave, que á su lado tiene; entre los mármoles, que yacen en el patio, hay dos manos y dos pies colosales de procedencia griega, pertenecientes, quizá, á aquel Apolo colosal, que Lúculo trajo del Ponto: dos fragmentos de una magnífica columna de pórfido, de la Basílica de Constantino, una cabeza de estatua colosal de Domiciano; en el pórtico una estatua de Roma triunfante con los simulacros de dos reyes extranjeros cautivos, y el grupo de un león, que hace presa en un caballo, restaurado por Miguel Ángel. Al pié de la escalera se ve una copia de la famosa columna *Rostrata* dedicada á Cayo Duilio, en recuerdo de la primera victoria naval, alcanzada contra los cartagineses el año 492 de Roma; la columna original, de bronce proba-